

Equipo Bíblico Verbo

leemos • compartimos • oramos

Caminar juntos, nacer de nuevo

Diálogos de fe en la Palabra



Caminar juntos,
nacer de nuevo

Equipo Bíblico Verbo

leemos • compartimos • oramos

Caminar juntos, nacer de nuevo

Diálogos de fe en la Palabra

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
evd@verbodivino.es
www.verbodivino.es

Redacción: José Luis Albares
Coordinación de la colección «Animación Bíblica de la Pastoral»: Rocío G^a Garcimartín

© Editorial Verbo Divino, 2022

Diseño y maquetación: Equipo diseño EVD
Impresión: GraphyCems, Villatuerta (Navarra)

Impreso en España - *Printed in Spain*

Depósito legal: NA 1606-2022

ISBN: 978-84-9073-809-2
ISBN Ebook: 978-84-9073-810-8

Los autores han tomado las citas bíblicas del texto bíblico de la Conferencia Episcopal Española, optando en algunos casos por traducciones que, siendo fieles al texto hebreo o griego, se adaptan mejor al destinatario de estos materiales.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447).

Índice

Presentación.....	11
Abreviaturas de los documentos citados	17
Unidad 1	
En ti vivimos, nos movemos y existimos (Hechos 17,16-34).....	19
Descubrimos la Palabra.....	20
Acogemos la Palabra	23
Oramos con la Palabra	25
Vivimos la Palabra	26
Unidad 2	
Padre mío y Padre vuestro (1 Juan 3,1-10)	31
Descubrimos la Palabra.....	32
Acogemos la Palabra	34
Oramos con la Palabra	37
Vivimos la Palabra	38
Unidad 3	
¿Qué haces aquí, Elías? (1 Reyes 19,8-18)	41
Descubrimos la Palabra.....	42
Acogemos la Palabra	44
Oramos con la Palabra	46
Vivimos la Palabra	47

Unidad 4

No viene con nosotros (Marcos 9,38-41)	51
Descubrimos la Palabra	52
Acogemos la Palabra	53
Oramos con la Palabra	56
Vivimos la Palabra	57

Unidad 5

No hay Dios (Sabiduría 2,1-20)	61
Descubrimos la Palabra	62
Acogemos la Palabra	65
Oramos con la Palabra	68
Vivimos la Palabra	69

Unidad 6

En espíritu y en verdad (Juan 4,19-26).....	73
Descubrimos la Palabra	74
Acogemos la Palabra	76
Oramos con la Palabra	78
Vivimos la Palabra	80

Unidad 7

Guardaos de los ídolos (Baruc 6,1-6)	85
Descubrimos la Palabra	86
Acogemos la Palabra	88
Oramos con la Palabra	90
Vivimos la Palabra	91

Unidad 8

Cuando oréis... (Mateo 6,5-8)... ..	95
Descubrimos la Palabra	95
Acogemos la Palabra	97
Oramos con la Palabra	100
Vivimos la Palabra	101

Unidad 9

El justo vivirá por la fe (Gálatas 3,6-14).....	105
Descubrimos la Palabra.....	106
Acogemos la Palabra.....	108
Oramos con la Palabra.....	110
Vivimos la Palabra.....	111

Unidad 10

Nacer de nuevo (Romanos 6,1-11).....	115
Descubrimos la Palabra.....	116
Acogemos la Palabra.....	118
Oramos con la Palabra.....	120
Vivimos la Palabra.....	121

Unidad 11

Caminar juntos (1 Pedro 2,1-10).....	125
Descubrimos la Palabra.....	126
Acogemos la Palabra.....	128
Oramos con la Palabra.....	130
Vivimos la Palabra.....	131

Unidad 12

¡Abba, Padre! (Mateo 6,9-13 y Lucas 11,1-4).....	135
Descubrimos la Palabra.....	136
Acogemos la Palabra.....	138
Oramos con la Palabra.....	140
Vivimos la Palabra.....	142

Celebración final

Una nube ingente de testigos (Hebreos 12,1).....	145
--	-----

Presentación

Decía san Gregorio de Nisa que la vida del cristiano no cesa nunca de ir de comienzo en comienzo, pues «los que esperan en el Señor renuevan sus fuerzas, echan alas como las águilas, corren y no se fatigan, caminan y no se cansan» (Is 40,31). Respondiendo a esta regla esencial en la dinámica de la fe, Editorial Verbo Divino incrementa su exitosa colección «Animación Bíblica de la Pastoral», dentro de la serie «Leemos, compartimos, oramos», con esta nueva obra: *Caminar juntos, nacer de nuevo. Diálogos de fe en la Palabra*. Se trata, efectivamente, de una nueva aventura, pero con un método similar –lectura creyente de la Biblia– y con el mismo empeño iniciado hace años en este vital campo de la animación bíblica de la pastoral: que la Palabra de Dios sea cada vez más el corazón en la vida de los bautizados. Solo en la escucha de las Escrituras será posible avanzar por el camino sinodal en el que está embarcada nuestra Iglesia del siglo xxi. Se trata de *caminar juntos* guiados por la Palabra.

A este volumen dedicado a la virtud de la fe le seguirán en cursos sucesivos otros dos volúmenes que se centrarán en la esperanza y en la caridad. Las tres virtudes teologales son el fundamento, el alma y la fuente del obrar cristiano, como muy bien supo entrever san Pablo ya en los albores del cristianismo (1 Tes 1,3). De hecho, *nacer de nuevo* en el bautismo significa llevar a plenitud esos tres dones divinos a lo largo de la vida.

Algunas sugerencias sobre estos materiales

Las doce unidades de este libro han sido escritas para «provocar». En un primer y obvio sentido, quieren promover el diálogo en un grupo de fe,

desean que se comparta la reflexión en torno a importantes aspectos de la vida cristiana. Pero en un segundo y deliberado sentido, estos textos buscan en ocasiones una reacción de sorpresa, de inquietud, de cuestionamiento, de revisión, que estimule a renovar –en las personas y en el grupo– el compromiso de caminar más decidida y libremente al paso de Jesús.

En lo que se refiere al argumento central del presente volumen (la fe), disponemos de tres grandes documentos que los papas Benedicto XVI y Francisco escribieron con ocasión del Año Santo de la Fe (del 11 de octubre de 2012 al 24 de noviembre de 2013): la carta apostólica *Porta Fidei*, la carta encíclica *Lumen Fidei* y la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*. Estos textos se pueden consultar en todo momento para profundizar y enriquecer la reflexión.

De manera más general, comprobará el lector que el contenido de cada unidad incorpora numerosas referencias a pasajes bíblicos, a documentos del Concilio Vaticano II, al *Catecismo de la Iglesia Católica* y al magisterio de los últimos papas. No son un superfluo alarde de erudición, sino el recurso a las fuentes más genuinas de la sabiduría cristiana; por ello, es muy aconsejable consultar, a cada paso, el texto aludido. Por lo demás, son contenidos de muy fácil acceso en internet.

Como es habitual en la serie «Leemos, compartimos, oramos», la estructura de cada unidad ha sido ideada para distribuirla en dos sesiones (primera sesión: «Descubrimos la Palabra» y «Acogemos la Palabra»; segunda sesión: «Oramos con la Palabra» y «Vivimos la Palabra»); así, junto con la celebración final, se puede completar el recorrido ordinario de un curso parroquial (veinticinco sesiones). Como «fuera de programa» se propone también alguna sencilla sugerencia que se puede llevar a cabo en los intervalos de Navidad y Semana Santa.

Primeros pasos

Con el fin de ayudar a centrar el tema, cada unidad se abre con una breve presentación del argumento, intercalada además por una invitación a entablar un diálogo abierto entre todos los miembros del grupo. La finalidad de este primer momento de ambientación, que no debería ocupar mucho tiempo, es, sencillamente, «ver» entre todos la realidad y disponer de un punto de partida firme y compartido para empezar a profundizar desde la fe el tema propuesto.

Este mismo fin persigue el siguiente paso de esta apertura en cada unidad: la «oración inicial». Todas las unidades van encabezadas por una plegaria sencilla, tomada de la Biblia o de la tradición espiritual y litúrgica de la Iglesia. El objetivo es que, tras esa primera y espontánea conversación en grupo, se reposen los espíritus en el grupo y se abra espacio al Espíritu, que será quien realmente guiará a todos «hasta la verdad plena» (Jn 16,13). Una recitación sencilla y pausada por parte de todos bastará para que empiecen a «arder los corazones» de los creyentes. Como, por otro lado, la misma oración formará parte de la segunda sesión de cada unidad («Oramos con la Palabra»), no será necesario ahora extenderse en el tiempo con esta plegaria-prefacio.

Descubrimos la Palabra

Puesto ya en actitud de escucha por medio de la oración, el grupo puede pasar a la lectura creyente de la Palabra de Dios. Para cada unidad se ha elegido un pasaje bíblico distinto, sobre el cual se podrán elaborar la reflexión, la oración y los compromisos subsiguientes.

Sin duda, el primer paso para descubrir la Palabra es su lectura serena y en voz alta. Según sean las características del texto y del grupo, lo puede leer un solo lector o puede ser compartido por dos o más voces. Tras esta primera lectura, será conveniente dejar unos minutos en silencio para que cada miembro del grupo relea el texto personalmente. Se puede aprovechar también para subrayar una palabra o una frase que se considere más relevante para compartirla después con el resto del grupo. Paciencia: no se trata, por el momento, de dar cuenta de detalles bíblico-teológicos, sino de saborear la Palabra, descubrir sus matices, escuchar sus a veces extraños ecos en el interior de cada uno.

A esta primera lectura le sigue en el libro un breve comentario. Pero antes, aunque no esté especificado en cada unidad, sería importante que cada miembro del grupo (¿tal vez como tarea previa en casa?) localizara en su propia Biblia el libro al que pertenece el texto y consultase la introducción y los datos que aporta su edición para compartir saberes con el grupo sobre algunos puntos básicos: ¿a qué parte de la Biblia pertenece este libro?, ¿quién es su autor?, ¿cuándo fue escrito?, ¿cuál es su esquema y su argumento esencial? Tarea del animador o animadora del grupo será unificar y resumir todas estas aportaciones, que brindarán a todos una buena visión general para contextualizar después el pasaje leído.

Acogemos la Palabra

Una vez que nos hemos acercado con toda atención a la Palabra, nuestra lectura creyente prosigue en el proceso de apropiación de la misma. Este apartado, basado fundamentalmente en el diálogo grupal, pero con aportaciones nacidas de la reflexión personal de cada miembro, orienta la meditación de la Palabra descubierta en las cuatro direcciones relacionales clásicas del ser humano, dimensiones que cubren la existencia toda del creyente: Dios, yo-nosotros, los demás y la creación. En cada uno de esos ámbitos, la Palabra escuchada y meditada tendrá sin duda algo nuevo que aportar, algún elemento que vendrá a articularse con la fe que ya profesa el grupo para refrescarla, renovarla, fortalecerla.

Según la programación ideada en estos materiales, con este apartado concluiría la primera de las dos sesiones dedicadas a cada unidad; los dos siguientes apartados compondrán el guion de la siguiente reunión. Se completan así, más o menos, los dos primeros pasos clásicos de la *lectio divina*: la lectura y la meditación de la Palabra. En ese sentido, puede venir bien cerrar esta primera sesión con una nueva lectura del texto bíblico propuesto: es una forma de confirmar el protagonismo de la Palabra y quedará así en la memoria de los participantes para rumiarlo durante la semana.

Oramos con la Palabra

Como ocurre en la primera sesión de cada unidad, también esta segunda comienza con la plegaria. Del mismo modo que la «oración inicial» nos abre a la Palabra, ahora este momento de oración nos abrirá al compromiso, a la vida. Oramos con la Palabra, lo que equivale a decir que entablamos un diálogo personal con Dios. Pero lo hacemos en grupo, animados por las palabras de Jesús: «donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20). El arte de la oración está en saber combinar ambos aspectos.

Este apartado no es sino una breve paráfrasis, una versión algo más extendida de la oración propuesta al comienzo de cada unidad. Por eso, parece lógico que este momento comience con la recitación de aquella oración. Por supuesto, el texto que ofrece el libro es solo una sencilla y posible propuesta para orar durante un tiempo algo más sereno, prolongado, pausado: son los orantes los que juzgarán si les ayuda a ello, si les ilumina para el encuentro «cara a cara» con el Señor. Está redactada en primera

y segunda personas del singular, por lo que la lectura participada de cada uno de sus párrafos se podrá combinar con silencios y, tal vez, con algún canto o alguna ambientación musical de fondo. Como en el resto de momentos grupales, el animador desempeñará aquí un papel fundamental a la hora de preparar, coordinar, ambientar y guiar este tiempo de plegaria.

Vivimos la Palabra

Todo el proceso de la lectura creyente de la Palabra (*lectio, meditatio, oratio, contemplatio*) conduce necesariamente a la vida: «conviene recordar que la *lectio divina* no termina su proceso hasta que no se llega a la acción (*actio*), que mueve la vida del creyente a convertirse en don para los demás por la caridad» (VD 87a). También ocurre así en este volumen. En efecto, la dinámica de cada unidad conduce a la conversión y al compromiso de fe, especificado en tres áreas: la vida personal, el testimonio de vida cristiana en los diversos ambientes en los que se pueden mover los miembros del grupo y el cuidado de la creación como expresión esencial de la fe en Dios.

Aunque depende mucho de las circunstancias y de la trayectoria general del grupo, este último apartado de cada unidad no debería quedarse simplemente en una tertulia abstracta sobre temas de religión. Lo que se pretende, más bien, es que cada miembro del grupo personalmente, y el grupo en cuanto tal, asuman un pequeño compromiso que debería ser evaluable, revisable (en la próxima reunión, a final de curso): quién va a hacer qué, cuándo, dónde y cómo. Un encargo básico sí se puede cumplir al acabar cada unidad: resumir en una frase cuanto se ha asimilado en dicha unidad, de forma que al final del curso, en la celebración final, se pueda elaborar una especie de «credo» con las doce formulaciones nacidas de las experiencias compartidas en el grupo.

Una nueva lectura de la Palabra que constituye el corazón de cada unidad puede ser una excelente conclusión final. Sin duda, tamizada ahora por la reflexión, el diálogo y la oración, se descubrirán nuevos ecos, nuevas tonalidades en esa palabra divina.

«Bienaventurada la que ha creído» (Lc 1,45)

Para seguir el itinerario de fe en la Palabra aquí propuesto, María de Nazaret se convierte en la mejor guía, en «prototipo y modelo destacadísimo»

(LG 53) de cuanto se diga en todas ellas. Sin duda, la Virgen María es la más preciada hija del creyente Abrahán, por su confianza en el «Señor de los imposibles» (Lc 1,27-28) y por sus actitudes de escucha y cumplimiento de la Palabra (Lc 11,27-28). Ya desde estas páginas iniciales, estos «diálogos de fe en la Palabra» quedan bajo la maternal mirada de Santa María, pues ella, primera discípula de Jesús, es, al mismo tiempo, maestra de todos los creyentes.

Abreviaturas de los documentos citados

- CA** *Centesimus Annus*, carta encíclica de Juan Pablo II (1 de mayo de 1991).
- CIC** *Catecismo de la Iglesia Católica*.
- CL** *Christifideles Laici*, exhortación apostólica de Juan Pablo II (30 de diciembre de 1988).
- DCE** *Deus Caritas Est*, carta encíclica de Benedicto XVI (25 de diciembre de 2005).
- DH** *Dignitatis Humanae* (Concilio Vaticano II).
- DV** *Dei Verbum* (Concilio Vaticano II).
- EdE** *Ecclesia de Eucharistia*, carta encíclica de Juan Pablo II (17 de abril de 2003).
- EG** *Evangelii Gaudium*, exhortación apostólica de Francisco (24 de noviembre de 2013).
- EN** *Evangelii Nuntiandi*, exhortación apostólica de Juan XXIII (8 de diciembre de 1975).
- GE** *Gaudete et Exsultate*, exhortación apostólica de Francisco (19 de marzo de 2018).
- GS** *Gaudium et Spes* (Concilio Vaticano II).
- LF** *Lumen Fidei*, carta encíclica de Francisco (29 de junio de 2013).
- LG** *Lumen Gentium* (Concilio Vaticano II).

- LS** *Laudato Si'*, carta encíclica de Francisco (24 de mayo de 2015).
- MF** *Mysterium Fidei*, carta encíclica de Pablo VI (3 de septiembre de 1965).
- NA** *Nostra Aetate* (Concilio Vaticano II).
- NMI** *Novo Millennio Ineunte*, carta apostólica de Juan Pablo II (6 de enero de 2001).
- PF** *Porta Fidei*, carta apostólica de Benedicto XVI (11 de octubre de 2011).
- PO** *Presbyterorum Ordinis* (Concilio Vaticano II).
- RM** *Redemptoris Missio*, carta encíclica de Juan Pablo II (7 de diciembre de 1990).
- SC** *Sacrosanctum Concilium* (Concilio Vaticano II).
- TMA** *Tertio Millennio Adveniente*, carta apostólica de Juan Pablo II (10 de noviembre de 1994).
- UR** *Unitatis Redintegratio* (Concilio Vaticano II).
- VD** *Verbum Domini*, exhortación apostólica de Benedicto XVI (30 de septiembre de 2010).

En ti vivimos, nos movemos y existimos (Hechos 17,16-34)

Actualmente, a nadie se le oculta que Dios se va eclipsando y que cada vez es más laborioso profesar y vivir la fe. No corren buenos tiempos para lo religioso. Pero, lejos de hundirnos en la fatalidad, estas dificultades suponen un gran desafío, pues nos ayudan a purificar nuestra vida de fe (personal y comunitaria) y a valorar con mayor profundidad la alegría de vivir al estilo de Jesús.

Dedicamos unos minutos a compartir alguna experiencia o reflexión personal acerca del olvido, ocultación, negación o rechazo de la fe en nuestra vida cotidiana.

La Iglesia naciente vivió en un ambiente parecido. Y aquellos primeros cristianos vivían convencidos de que el Dios que resucitó a Jesús los guiaba con su Espíritu, de forma que proclamaron el Evangelio con toda valentía. Pero no eran unos locos: sabían a quién hablaban y cómo adaptar su mensaje para que pudiera ser acogido pacíficamente por todos. Así lo hizo, por ejemplo, san Pablo en el areópago de Atenas (Hch 17,16-34).

Oración inicial: Cántico de las criaturas

¡Omnipotente, Altísimo, Bondadoso Señor!
Tuyas son la alabanza, la gloria y el honor;
tan solo tú eres digno de toda bendición,
y nunca es digno el hombre de hacer de ti mención.

¡Loado seas por toda criatura, mi Señor!
Y, en especial, loado por el hermano sol,
que alumbraba, y abre el día, y es bello en su esplendor,
y lleva por los cielos noticia de su autor.
Y por la hermana luna, de blanca luz menor,
y las estrellas claras, que tu poder creó,
tan limpias, tan hermosas, tan vivas como son,
y brillan en los cielos: ¡loado, mi Señor!

Por el hermano viento, de tus dones portador,
que del cielo trae sustento: ¡loado, mi Señor!
Y por la hermana agua, preciosa en su candor,
que es útil, casta, humilde: ¡loado, mi Señor!

Por el hermano fuego, que alumbra al irse el sol,
y es fuerte, hermoso, alegre: ¡loado, mi Señor!
Y por la hermana tierra, que es toda bendición,
la hermana madre tierra, que da en toda ocasión
las hierbas y los frutos y flores de color,
y nos sustenta y rige: ¡loado, mi Señor!

Y por los que perdonan y aguantan por tu amor
los males corporales y la tribulación:
¡felices los que sufren en paz con el dolor,
porque les llega el tiempo de la consolación!

Y por la hermana muerte: ¡loado, mi Señor!
Ningún viviente escapa a su persecución;
¡Ay si en pecado grave sorprende al pecador!
Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios:
no probarán la muerte de la condenación.

Servidle con ternura y humilde corazón,
agradeced sus dones, cantad su creación.
Las criaturas todas, ¡load a mi Señor!

Adaptado de la Liturgia de las Horas

Descubrimos la Palabra



De Hechos de los Apóstoles 17,16-34

¹⁶ Mientras Pablo los esperaba en Atenas, su espíritu se irritaba en su interior al ver que la ciudad estaba llena de ídolos. ¹⁷ Discutía, pues, en la sinagoga con los judíos y con los adoradores de Dios y diariamente en el ágora con los que allí se encontraba; ¹⁸ incluso algunos filósofos epicúreos y estoicos conversaban con él. Algunos decían: «¿Qué querrá decir este charlatán?». Y otros: «Parece que es un predicador de divinidades extranjeras». Porque anunciaba a Jesús y la resurrección. ¹⁹ Lo tomaron y lo llevaron al Areópago diciendo: «¿Se puede saber cuál es esa nueva doctrina de que hablas? ²⁰ Pues dices cosas que nos suenan extrañas y queremos sa-

ber qué significa todo esto». ²¹ Todos los atenienses y los forasteros residentes allí no se ocupaban en otra cosa que en decir o en oír la última novedad. ²² Pablo, de pie en medio del Areópago, dijo:

«Atenienses, veo que sois en todo extremadamente religiosos. ²³ Porque, paseando y contemplando vuestros monumentos sagrados, encontré incluso un altar con esta inscripción: “Al Dios desconocido”. Pues eso que veneráis sin conocerlo os lo anuncio yo. ²⁴ El Dios que hizo el mundo y todo lo que contiene, siendo como es Señor de cielo y tierra, no habita en templos contruidos por manos humanas, ²⁵ ni lo sirven manos humanas, como si necesitara de alguien, él que a todos da la vida y el aliento, y todo. ²⁶ De uno solo creó el género humano para que habitara la tierra entera, determinando fijamente los tiempos y las fronteras de los lugares que habían de habitar, ²⁷ con el fin de que lo buscasen a él, a ver si, al menos a tientas, lo encontraban; aunque no está lejos de ninguno de nosotros, ²⁸ pues en él vivimos, nos movemos y existimos; así lo han dicho incluso algunos de vuestros poetas: “Somos estirpe suya”. ²⁹ Por tanto, si somos estirpe de Dios, no debemos pensar que la divinidad se parezca a imágenes de oro o de plata o de piedra, esculpidas por la destreza y la fantasía de un hombre. ³⁰ Así pues, pasando por alto aquellos tiempos de ignorancia, Dios anuncia ahora en todas partes a todos los humanos que se conviertan. ³¹ Porque tiene señalado un día en que juzgará el universo con justicia, por medio del hombre a quien él ha designado; y ha dado a todos la garantía de esto, resucitándolo de entre los muertos».

³² Al oír «resurrección de entre los muertos», unos lo tomaban a broma, otros dijeron: «De esto te oiremos hablar en otra ocasión».

³³ Así salió Pablo de en medio de ellos. ³⁴ Algunos se le juntaron y creyeron, entre ellos Dionisio el areopagita, una mujer llamada Dámaris y algunos más con ellos.



La predicación del Evangelio y el discurso de Pablo

Los primeros cristianos llevaron a cumplimiento el mandato de Jesús Resucitado: proclamar su Evangelio (Mt 28,20; Mc 16,15; Hch 1,8). Por eso, en los orígenes y en la esencia de la tradición cristiana está el anuncio, la predicación, tal como muestra el libro de los Hechos al poner en boca de san Pedro (Hch 2,14-36; 3,12-26; 4,8-12; 5,29-32; 10,34-43) y de san Pablo (Hch 13,16-41; 17,22-31) siete magistrales mensajes pascuales.

En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero [...] Ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros».

FRANCISCO
Evangelii Gaudium, 120

Estamos en el segundo viaje misionero de Pablo (años 49-52; Hch 15,36-18,22). Tras cruzar Asia Menor, el Apóstol toca el continente europeo en la ciudad de Filipos y, tras visitar Tesalónica y Berea, llega a Atenas. La capital helena había sido el corazón cultural de la Antigüedad, pero, en la época de los primeros cristianos, su añejo prestigio había quedado reducido al de un bello museo al aire libre.

El relato de la breve estancia de san Pablo en Atenas comienza y acaba con breves narraciones que enmarcan su brillante discurso en el famoso Areópago. La *introducción* (Hch 17,16-22a) nos descubre a un Pablo irritado al observar la desacertada devoción religiosa de los atenienses; de ello habla con judíos y con griegos, sin dejar de anunciar en toda ocasión a Jesús Resucitado. El *final* del relato (17,32-34) nos desvela que el Apóstol no obtuvo un gran éxito con su predicación, pues sus oyentes atenienses prefirieron dispersarse con las últimas novedades (Hch 17,21) o enredarse indagando sus particulares sabidurías (1 Cor 1,22).

Tres lugares emblemáticos identificaban la ciudad de Atenas: la *Acrópolis* (ciudad alta) albergaba los principales templos, como el Partenón; el *Ágora* (plaza pública) era el centro de la vida social, cultural y política de la ciudad; el *Areópago* («colina del dios Ares») era la sede del consejo supremo de Atenas.

¿Podríamos rastrear estas actitudes de los atenienses que escuchan a san Pablo en nuestra cultura actual? En general, nuestra forma de pensar y de vivir hoy, ¿es más o menos receptiva a un

mensaje como el de san Pablo que la de los atenienses de hace dos mil años?

A pesar de su indignación, la intervención de san Pablo, cual Sócrates cristiano, comienza de una manera educada y amistosa (17,22b-23). Prosigue después una primera parte (17,24-25) con una identificación de ese «Dios desconocido» con el Dios Creador. En su segunda parte (17,26-27), Pablo habla de la cercanía de este Dios con toda la humanidad y con cada ser humano. Con todo, en la tercera parte (17,28-29) el orador muestra que ese Dios cercano no puede ser reducido a obras humanas. La conclusión (17,30-31) destapa la intención efectiva de san Pablo: centrar en el Resucitado toda su reflexión religiosa.

Acogemos la Palabra



¿Qué nos dice esta Palabra sobre Dios?

Las palabras de san Pablo podrían ser aceptadas por cualquier persona religiosa de buena voluntad, pues ofrecen un retrato general de la divinidad que es adorada en todas las religiones, especialmente en las monoteístas. Un 85% de la población mundial es seguidora de una religión.

Creo en un solo Dios,
Padre todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra,
de todo lo visible y lo invisible.

Credo niceno-constantinopolitano
(siglo IV)

Ese Dios es Creador y Señor de todo cuanto existe; no necesita nada de lo que los seres humanos puedan ofrecerle (2 Mac 14,35; Sal 50,9-12); no puede quedar encerrado en un templo (1 Re 8,27; Hch 7,48-49). Y, sin embargo, no es un Dios lejano en los cielos y despreocupado del mundo: toda vida humana, toda la historia pasada y todo el futuro de la humanidad están enraizados en el Dios vivo y verdadero y orientados a él.

Compartimos, en un breve diálogo, alguna película, un libro o un programa de radio-televisión en el que hayamos oído hablar de Dios: ¿qué imagen de él se presenta? ¿En qué coincide y en qué se diferencia con la que ofrece san Pablo en este discurso?



¿Qué me dice esta Palabra sobre mí, sobre nosotros?

Pero Pablo no se conforma con un vago reconocimiento de lo divino. Para él, solo en Jesucristo Resucitado es posible empezar a entrever la profundidad del misterio de Dios (Jn 1,18; Col 2,2).

Por tanto, la fe en Jesús Resucitado y en la propia resurrección son el fundamento, la esencia, la razón de la fe de la Iglesia y de todo cristiano (1 Cor 5,13-20). Dicho de otra manera: mi forma de ser y de existir, de opinar y de convivir, de amar y de sufrir, debe traslucir no solo una genérica creencia en Dios, sino una fe convencida y un gozoso anuncio del Señor Jesús resucitado y victorioso sobre toda situación de muerte (Mt 5,43-48).

Cree la Iglesia que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se encuentra en Jesucristo, su Señor y Maestro.

CONCILIO VATICANO II
Constitución *Gaudium et Spes*, 10

¿Por qué rasgos se nos distingue hoy a los cristianos? La Iglesia universal, nuestra diócesis, nuestra parroquia, nuestra comunidad o grupo, mi familia, yo mismo: ¿se nos identifica en la sociedad como los creyentes que anuncian con valentía y gozo a Cristo Resucitado?



¿Qué nos dice esta Palabra sobre los demás?

Dios está cerca de todo ser humano, aun de aquellos de quienes aparentemente parece estar más alejado o de aquellos que voluntariamente desean alejarse de él. Ese vínculo de toda persona con Dios es, por así decir, «genético»: todo árbol genealógico podría acabar como el de Jesús («... de Adán, de Dios: Lc 3,38). Ahí radica la dignidad absolutamente sagrada de cada persona.

Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición.

Declaración Universal de los
Derechos Humanos, art. 2

Por otro lado, todos, ayer y hoy, estamos en búsqueda de Dios. Esa es, aunque se trate de esconderla o ignorarla, la actividad fundamental del corazón humano: buscar a Dios. «Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón no halla sosiego hasta que descansa en ti» (san Agustín). Esa búsqueda instintiva, intelectual o emocional, de Dios, es ya vida de fe.

Contemplando la vida de los atenienses de hoy (es decir: de nuestros conciudadanos y de toda la humanidad): ¿en qué signos, comportamientos, carencias, esperanzas, dificultades... se puede percibir esta «sed de Dios», estas actitudes de búsqueda de Dios?



¿Qué nos dice esta Palabra sobre la creación?

Pablo está convencido de que, con humildad y sincera conciencia, el ser humano puede descubrir y contemplar la misteriosa presencia de Dios a partir de la observación del cosmos (Sab 13,1-9; Rom 1,19-25). Dios ha ido dejando en su propia creación huellas y rastros que todo buen corazón puede descubrir e interpretar.

Por otro lado, el discurso de Pablo interpreta la resurrección como cima de la creación o, si se quiere, como el comienzo de la nueva creación de Dios. Por eso, todo el discurso está orientado hacia esa conclusión central (Is 66,17; 2 Pe 3,13; Ap 21,1). En otro lugar, Pablo dirá que la creación entera está como de parto, para dar a luz un nuevo mundo ya redimido y salvado (Rom 8,22-24a).

Sobre la creación (la realidad que nos rodea, la naturaleza, el planeta, el universo) se pueden proyectar distintas miradas: científica, ecológica, estética, sapiencial, mercantilista, mística... En el grupo, podemos jugar a repartirnos esas miradas y compartir con todos las conclusiones que nuestras particulares «gafas» nos han suministrado.

Oramos con la Palabra

Contemplación (Hch 17,24-29) y conversión (17,30-31): son las dos dimensiones que propone Pablo en su discurso y que quedan muy bien reflejadas en el famoso *Cántico de las criaturas*, de san Francisco de Asís (1181-1226), con el que comienza esta Unidad 1.

- Contemplo con la boca abierta tu inabarcable misterio y tu poder, mi Dios. No quiero hacerte a mi medida, por eso te confieso «Omnipotente» y «Altísimo». Pero también te descubro como «Bondadoso Señor».
- Es verdad: nadie podrá nunca ser digno ni siquiera de estar delante de ti. Pero me anima la certeza de que Jesús, tu Hijo y nuestro Hermano,

ha atravesado el cielo (Heb 4,14); y es tu Espíritu el que me permite exclamar: ¡*Abba, Padre!* (Gal 4,6). No eres un «dios desconocido»; siento que me rodeas, que me habitas.

- ¡Bendito seas, Padre mío! Uno mi corazón, como un instrumento más, a la sinfonía cósmica que toda la creación te eleva constante y perennemente (Dn 3,52-90): la silenciosa oración que repiten con solo existir el sol, la luna y las estrellas; la alabanza que te elevan el aire, el agua, el fuego, la tierra. Gracias por hacerme sentir la belleza y la paz de esta fraternidad cósmica.

Si lo comprendes, no es Dios. Antepón la piadosa confesión de tu ignorancia a una temeraria profesión de ciencia. Tocar de algún modo a Dios con la mente es una gran dicha; en cambio, comprenderlo es absolutamente imposible.

SAN AGUSTÍN (354-430)
Sermón 117

- ¿Qué somos los mortales ante ti, Señor Dios nuestro? (Sal 8,5-7; Eclo 17,1-4). Quiero estar en el grupo de los pequeños, de los sencillos: los que perdonan y sufren «en paz» «por tu amor». Dame fuerzas, Señor, para convertirme, para dirigir siempre mis manos, mis pies y mi corazón al don de tu amor.
- ¡Ay, Dios mío: pienso en mi «hermana muerte»! No quiero afrontarla con miedo o angustia, sino con la serena esperanza de que gozaré de la vida eterna y me evitarás esa otra «segunda muerte» (Ap 2,11). Y me preguntas: ¿cómo vivirías si hoy fuera el primer día de tu vida, el último día de tu vida, el único día de tu vida?
- Solo quiero esto, Señor: construir mi vida a base de ternura, humildad, canto, alegría. Que cada uno de mis días sea una alabanza que suba hasta ti, mi Dios: solo te pido eso, Señor. «Aquí estoy para hacer tu voluntad» (Sal 40,9).

Vivimos la Palabra



¿Cómo puedo cambiar yo a partir de esta Palabra? (COMPROMISO)

De Dios podemos conocer muchas cosas, por medio de la razón y por medio de la fe, pero es mucho más lo que no conocemos (Rom 11,33-35). El

misterio de Dios huye a toda captura humana, ya sea en un templo o en una idea. Es verdad que nuestra fe necesita palabras para hablar del misterio de Dios, pero ha de ser siempre consciente de que nuestro lenguaje es inapropiado y de que un discurso, una teología, una espiritualidad, no lo dice todo sobre Dios. Ser humilde, dialogante y empático es la identidad de todo creyente, especialmente del cristiano.

- Pablo se siente «irritado» ante la proliferación de estatuas de dioses. Hoy son infinitos los ídolos que pretenden ocupar los pedestales y reclamar nuestra adoración: artistas-estrella, personajes televisivos, dinero, salud, ideologías, etc. ¿A qué dioses adoro?
- Es impresionante el arrojo de san Pablo para salir a la plaza pública de Atenas y dialogar con los pensadores de su época. Pero también es alentador su aparente fracaso, pues solo «se le juntaron y creyeron» Dionisio, Dámaris y algunos más. Algo parecido le ocurrió a Jesús en Nazaret (Lc 4,16-30). ¿Qué actitudes asumo y vivo en mi interior ante el reto de la evangelización?
- «El Areópago... puede ser tomado hoy como símbolo de los nuevos ambientes donde debe proclamarse el Evangelio» (RM 37): los medios de comunicación; el compromiso por la paz, el desarrollo y la liberación de los pueblos; los derechos de las personas y de los pueblos, sobre todo los de las minorías; la promoción de la mujer y del niño; la salvaguardia de la creación; la cultura; la investigación científica; las relaciones internacionales; el descubrimiento del sentido de la vida... ¿Qué otros areópagos se me ocurren? ¿En cuál podría embarcarme yo o nuestro grupo?



¿Qué puedo anunciar a los demás a partir de esta Palabra? (EVANGELIZACIÓN)

- Este discurso de Pablo ante los griegos constituye un buen fundamento para el diálogo interreligioso, al que en la actualidad estamos llamados todos los creyentes de todas las religiones. «Es un deber para los cristianos», dice el papa Francisco (EG 250). Y es una tarea que nos brinda una bella ocasión para agradecer a Dios, junto a todos los creyentes del mundo, el don de la fe, don que compartimos, aunque sus modalidades sean diversas.

- Podemos discernir, a partir de las actitudes y palabras de san Pablo en Atenas, las actitudes básicas necesarias para dicho diálogo.
 - ▶ En primer lugar, interés por conocer la fe del otro, sus creencias, su tradición religiosa, sin demonizarlas ni despreciarlas. ¿Por dónde podemos empezar?
 - ▶ En segundo lugar, una exquisita delicadeza a la hora de dirigirse al que profesa otra religión, que no es «enemiga» de la mía. ¿Conozco personalmente a alguien musulmán, hinduista, budista, judío? ¿Me atrevo a establecer con él un diálogo amistoso y sereno entre creyentes?
 - ▶ En tercer lugar, firme convicción y seguridad en la propia fe: solo desde ahí puedo dialogar y compartir con el otro mi experiencia religiosa.
 - ▶ Y en cuarto lugar, diálogo para el anuncio: la evangelización supone siempre dar testimonio explícito de Jesucristo, de cuya amistad el cristiano tiene experiencia personal.
- En nuestra cultura actual, además, una de las «religiones» más rampantes es la increencia, en sus varios formatos, muchas veces cargados de pesimismo y vacío existencial. Es otro de los ámbitos en los que se nos pide «dar razón de nuestra esperanza» (1 Pe 3,15). En última instancia, el hecho de que Dios se haya dado a conocer, aunque haya sido parcialmente, nos debe hacer pensar que ha planeado para la humanidad algo mejor que su condenación... ¿Cómo anunciar el Evangelio de Jesús en medio de una cultura escéptica, recelosa, de cortas miras?

La Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser, tarde o temprano, proclamada por la palabra de vida. No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios.

SAN PABLO VI
Evangelii Nuntiandi, 22



¿Qué puedo hacer en la creación, a partir de esta Palabra? (MISIÓN)

Dios ha encomendado al ser humano toda la creación: «llenad la tierra y sometedla; dominad» (Gn 1,28). El universo, por tanto, está en nuestras manos, pero no somos sus dueños: Dios nos lo ha entregado como administradores suyos. De aquí deriva la auténtica «ecología», que es el *saber*

(lógos) que se refiere a la *casa* (*oikós*). A cada uno de nosotros nos ha encargado Dios la responsabilidad de conservar nuestro medio ambiente para el presente y para el futuro, pues es patrimonio y «casa común» de todos (Francisco, *Laudato Si'*). ¿Cómo vivir con plenitud la ecología sin perder nunca de vista al «Dios que hizo el mundo y todo lo que contiene»?

«Vivimos» nos remite a la experiencia fundamental de Dios como vida. Entendemos así a Dios como una especie de atmósfera que nos envuelve: no como un pez en el agua, sino como una gota en el agua.

«Nos movemos» nos habla de la experiencia de Dios como movimiento, como energía, como principio vital. Es Dios en cuanto fuerza no fundada en nosotros mismos: somos movidos por él, él nos arrastra consigo.

«Somos» expresa tanto el ser como el estar. Decir que «en Dios somos» es afirmar algo más que nuestro ser es recibido de Dios: si «somos en Dios», somos en cuanto él es, en cuanto participamos de él.

RAIMON PANIKKAR

Iconos del misterio: la experiencia de Dios (2011)